



Galápagos, o en las llanuras cálcicas de Guerrero Negro entre surtidores de ballenas recién paridas, hizo del viaje una expresión del eterno retorno.

En sus andanzas, tuvo la propensión de ver una relación entre la forma y la materia. Conocía con detalle *El fisiólogo*, raíz común de los bestiarios medievales en los que las características de los seres inexistentes eran elementos útiles para estructurar lecciones morales a partir de las figuras fantásticas, y no era infrecuente que vinculase con picardía a los humanos por sus particularidades ambiguas y las virtudes propias de las bestias reales. Esto era así, porque, recordando a Claude Kappler, como nos gustaba hacerlo: para adherirse a lo maravilloso es necesario ser un poco poeta.

Quien comprende a la naturaleza comprende al mundo. Él procuró seguir el rumbo de los soplos que mueven las ramas, y no le sorprendió entonces la mudanza de las ideas en las inciertas mentes de los políticos. Él distinguió los matices de la bóveda celeste cuando anuncia noches tormentosas, y anticipó el impulso popular a favor de los cambios. Él observó atento el agua de las lluvias y esperaba ya la ruptura de los diques sociales. Él supo, como Kappler, algo que en nuestra sociedad siempre hemos de tener presente: para ser un monstruo no es indispensable ser físicamente anormal, anticipándose al ya popular comentario de Günter Grass, para quien, en México, lo grotesco fantástico siempre es superado por lo grotesco político.

Es verdad, sólo la primavera se renueva. Porque en él la erudición se unía a una involuntaria actitud magisterial, la semilla se expande más allá de lo genético, y beneficiaba a quienes estuvimos cerca de sus pasos, sonoros siempre como el “piafé” de un corcel de alta escuela.

Javier Wimer no fue un extranjero en los espacios del hombre. Se entendió con los cauces de los ríos y el contradictorio flujo de las corrientes marinas. Porque las travesías de Malaspina fueron también bitácora de su propia singladura, en su partida, sin omitir la pobre opinión que le producían los sistemas opresores y la desgarrada condición de nuestra comunidad nacional, se ha llevado experiencias visuales arrambladas como la arena a lo largo de muchas décadas. Conoció tierras almidonadas, caballos rojos, aves impasibles, hurones vegetarianos y amistosos, insectos nómadas; cielos agazapados por el domo de las lluvias tropicales, y el gruñido ancestral de jaguares entre el verde omnipresente de Tabasco. Celebró el imperio de los colores en la espesura primigenia y no perdió de vista el vuelo de los seres migratorios. Estoy seguro de que en su ensueño definitivo la naturaleza le acogió con la familiaridad dispensada a los amigos y el aroma de prados indulgentes con que la tierra sólo recibe a los hombres justos.

EL LEGADO DE WIMER

Jorge Eduardo Navarrete

Nenuca:

Javier, el tuyo y el nuestro, está entre nosotros. Escuchándonos con ese gesto tan propio que combinaba el divertimento con cierta incredulidad o sorna. Aun sin ver la imagen que se proyecta, sino acudiendo a la que llevo en mente, no necesito cerrar los ojos para verlo con nitidez, con esa semisonrisa que le hilvanaba los labios.

Como muestran estas primeras palabras, prefiero evocar algunos de mis recuerdos de él que intentar ahora cualquier valoración de lo que hizo, que fue mucho y variado y trascendente, y del legado que nos dejó, a todos, con el que, por fortuna, viviremos siempre.

Empezó a mostrarme generosidad apenas al conocerme, en sólo días o semanas. Hace medio siglo, me abrió las páginas de *Nueva Política* —la revista que animó sin desmayo— para recoger un trabajo sobre el endeudamiento externo latinoamericano que se sintió impelido a revisar minuciosamente para asegurarse de que quedara aceptable, al menos gramaticalmente.

Ese texto fue el punto de arranque de numerosas conversaciones, por lo general compartiendo comidas prolongadas por el diálogo y, a veces, por la discusión, en un restaurante de la calle de Amberes, en la todavía hospitalaria zona rosa de los sesenta.

En este aspecto, la nuestra fue opuesta a las amistades inglesas caracterizadas por Borges: comenzó por abarcar el diálogo y alcanzó a incluir, ocasionalmente, la confianza. Ese autor, a quien conocía y admiraba, fue tema de innumerables intercambios.

Más que literarios, sin embargo, los temas de nuestra conversación eran políticos y abarcaban sobre todo la circunstancia mexicana y regional. En aquellos años no había necesidad de aclarar que nuestra noción de “región” era unívoca y no precisaba aclararse.

Veía a México, creo recordar, con una mezcla de compromiso y distancia. Le resultaba más arduo formular sus rechazos que sus afinidades. Se sentía compelido a fundamentar mejor los primeros. Las segundas brotaban de manera espontánea.

Mis errancias diplomáticas pronto afectaron la frecuencia de nuestros encuentros, tornándolos eventuales, esporádicos. Mi irracional rechazo a la comunicación epistolar me llevó a ni siquiera intentarla con Javier. Ignoro, por cierto, si él la cultivó con algunos eventuales correspondientes. De haber sido el caso, hay, sin duda, páginas dignas de ser reunidas y rescatadas.

En años recientes, afinados ambos en México, se restauró la frecuencia de nuestros encuentros. Cómo olvidar las veladas anuales que, en una casa abierta a todos, Nenuca y Javier sostenían la noche patronal de San Jerónimo, donde el deslumbramiento de su generosa amistad opacaba el brillo de los fuegos de artificio de pólvora galana, para no huir del lugar común, que incendiaban la plaza vecina.

Tras el atropello de 2006 compartimos preocupaciones y propósitos. Hablamos y con frecuencia. Me guió,

en muchos momentos, la fría objetividad de su análisis, que no excluía ni la pasión ni el compromiso. Me iluminó su certera crítica a mis escritos y planteamientos.

En otro momento y en otra circunstancia podré referirme a los trabajos y los días de Javier Wimer. Por ahora, me basta recordarlo —irónico y festivo, contento o indignado, lúcido siempre y siempre inteligente— como ahora debe estar entre nosotros. Hola, Javier. Muchas gracias.

#### EL GENIO MÚLTIPLE

Víctor Flores Olea

Javier Wimer: El genio que contenía muchos genios, como la lámpara de Aladino, nos llevaría a una compleja biografía plena de luz, en que los momentos de brillo opacan por mucho a las sombras que también aparecen en la vida, en la suya y en la de todos nosotros. Pero Javier estuvo siempre cerca para fortalecer, para decir la palabra que desbarataba los nubarrones y nos hacía pensar en que la vida es también relaciones felices, placer, ironía, felicidad hasta el límite en que esta palabra es aplicable a la existencia humana.

Pero siempre he pensado que, al final de cuentas, la madre de todas las virtudes de la vida de Javier fue esa capacidad suya para la amistad, su vocación irrevocable

